

# LA LUZ DEL PORVENIR.

## Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

## REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

## Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—Los ancianos pobres.—La noche.—La mision de la mujer.—Pensamientos.

## LOS ANCIANOS POBRES.

Entre los establecimientos de beneficencia que hemos visitado, recordamos uno que vimos en nuestra infancia, que se llamaba la *Casa de los Viejos* y era una especie de asilo como su nombre indicaba, para los ancianos de ambos sexos. Una tarde fuimos á dicha casa que por cierto era grande, triste y fea; las habitaciones de la derecha las ocupaban las mujeres, y las de la izquierda los hombres.

Recordamos perfectamente que era una tarde de invierno fria y lluviosa; por un favor especial habian concedido á mi madre y otras señoras el permiso para ver aquel hospital de *inválidos* en un dia que no era de entrada pública, así es que el establecimiento presentaba su fria y aterradora desnudez.

Entramos en un salon muy grande cuyo pavimento lo cubria una estera de esparto blanca y negra, seis grandes braceros de reluciente cobre estaban colocados simétricamente y alrededor se agrupaban las pobres ancianas; las unas se entretenian en hacer media y las otras en dormir. Una de las acogidas que era muy amiga de mi madre, se levantó gozosa en cuanto nos vió, y nos enseñó todas las dependencias de la casa. Yo sin poder entonces explicarme la causa, sentía una angustia indefinible; pedí agua y la superiora me dió dulces, y apesar de satisfacer con esto mi apetito de niña, por momentos me iba poniendo peor; como no iba sola con mi madre, no me atrevia á decir nada, y tanto llegué á sufrir que al volver al salon miré fijamente aquellos seis grupos de mujeres y sin poderme contener comencé á llorar angustiosamente. Nuestro llanto armó una verdadera revolucion entre aquellas pobres mujeres; todas nos rodearon y nos preguntaron á porfía que sentíamos.

Aquellas preguntas aumentaban nuestra afliccion; las mirábamos y se redoblaban nuestro llanto y sin poder pronunciar una sola palabra, salimos de aquel triste lugar dominados por una profunda tristeza.

Muchos años despues visitamos el hospital de las *incurables* en Madrid; descansamos algunos momentos en su bonita capilla, y el recuerdo de nuestra visita á la *Casa de los Viejos*, se despertó de súbito en nuestra mente y entonces comprendimos la causa de nuestra pena.

Nuestro espíritu lloró al ver tantos seres solos, abandonados en brazos de una caridad ficticia que le ofrece al cuerpo del pobre un poco de pan, un lecho á ciertas horas y nada más, nada más, y eso es muy poco para los últimos dias de la vida.

Seguimos nuestra visita y entramos en una pequeña habitación donde había una mujer de edad mediana que tenía que estar separada de las demás mujeres por la horrible enfermedad que la aquejaba, la cual le hacía exhalar de su cuerpo un hedor tan insoportable que tenía que vivir aislada, sola, sola con la podredumbre de su materia y con el extravío de su alma.

¡Qué cuadro aquél! nunca lo olvidaré!... una joven ciega que sufría el castigo del arresto, le hacía compañía. ¡Desgraciados seres! espíritus en aquella ocasión completamente turbados: ¡cuánto sufrían! de sus labios salían borbotones de palabras que no eran otra cosa que imprecaciones y blasfemias; desahogo natural de aquellos que en nada creen, ni en nada esperan y se ven rodeados de esa miseria horrible y dominados en absoluto por su impotencia física. La una postrada en su lecho, la otra sin saber donde dirigir sus pasos, ciega, pobre y sola. La vida en semejante condiciones, abrumba de tal modo que la desesperación más espantosa se apodera de nuestro ser y se vive mal, muy mal, mejor dicho no se vive.

Salimos de aquel aposento prometiéndoles á aquellas desgraciadas que volveríamos á verlas; y seguimos visitando el sombrío establecimiento, llamándonos la atención un grupo de ancianas que rodeaban el lecho de una enferma. ¡Qué semblantes tan tristes tenían aquellas mujeres! nos sentamos frente á ellas, y estuvimos largo rato escuchando su conversación.

Se quejaban todas ellas que había siete ú ocho que nadie las iba á ver, y una exclamó:—Pues no sé por que lo estrañais, ninguna de nosotras tiene parientes cercanos, los amigos cuando uno está pobre no hay que contar con ellos; más se huye de los pobres que de la peste.—Parece mentira, decía otra, yo que me he visto rodeado de tanta familia, mis padres, mis abuelos, mis tíos, mis hermanos, mi marido, mis hijos, mis nietos..... de estos últimos aun viven dos; pero son tan pobres..... que yo he sido la primera en querer separarme de ellos; ya que de nada les puedo servir, no les quiero estorbar; y la pobre mujer lloraba con profundo desconsuelo.—Pero son bien ingratos decía otra, nunca la vienen á ver.—Y que han de venir, si no están en Madrid, replicó la afligida anciana, y además si los pobrecillos se criaron lejos de mí, la miseria me los quitó de los brazos, porque la miseria desata y rompe todos los lazos de la vida.

Al oír esto, no pudimos menos de exclamar:—Los lazos del verdadero cariño no se rompen nunca. La anciana se volvió á mirarnos y nos contestó con amarga ironía.

—¿Qué está V. diciendo señora? Se concee que V. no habrá sido pobre nunca; pero yo le digo y le repito que la miseria rompe todos los lazos de la vida. Mire V., yo tenía mi marido que era más bueno que el pan, nos conocimos desde niños, nos casamos cuando yo tendría 18 años y él 24; cuarenta años estuvimos juntos y nunca tuvimos ni un sí, ni un nó; su voluntad era la mia, y la mia era la suya, pues apesar de todo, tantas fueron nuestras desgracias, que llegó el día en que yo deseé la muerte de mi marido, y cuando se fué, dí muchísimas gracias á Dios, y he de decir á V. que cada día estoy más contenta que se haya muerto, y hace quince años que se murió.

—Triste es buscar el consuelo en la muerte.....

—Pues ahí verá V., hay situaciones señora que solo la muerte las remedia; en pocas palabras le diré por que me alegré que se fuera mi marido: el infeliz se quedó ciego por que le erraron la cura; pero mientras mi hija y yo pudimos trabajar, no me apuré por nada, por que él no carecía de lo necesario; más cuando se murió mi hija ahogada, y yo por salvarla también me tiré al río y solo conseguí quedar medio baldada como V. me vé, sin poder ganar un cuarto, mi pobre

hijo casado, con cuatro criaturas y su esposa siempre enferma, tuvo que encargarse de nosotros, y el infeliz se mataba trabajando, y su mujer decía que por causa nuestra su marido iba á enfermar; como así sucedió por que era un muchacho muy delicado y al fin el exceso del trabajo lo mató y nos quedamos á la clemencia de Dios mi marido, mi nuera, cuatro niños y yó. Mi nuera que venia de familia de locos, se desesperó de tal modo, por que la pobre queria mucho á mi hijo, que al fin perdió el juicio; y tuve el dolor de separarme de mis nietos, que un señor se encargó de ponerlos en el hospicio. Mi marido por nada del mundo se quiso separar de mí, y yo iba materialmente arrastrando por esas calles de Dios pidiendo una limosna para él, por que el pobre además de ser ciego y muy torpe, estaba lleno de dolores que no podia moverse y cuando yo entraba por la noche en mi boardilla trastera, y veia aquel infeliz temblando de frio, que me esperaba con hambre de todo el dia y habia veces que no le llevaba ni agua, por que no habia recogido nada, me sentaba junto á él, y en las largas noches del invierno, sin lumbre, sin luz, hablábamos de nuestros hijos, llorábamos por nuestros nietos..... ¡Oh! que horas tan amargas pasan los pobres! La noche que se murió mi marido me alegré y dije: Véte con Dios infeliz, bastante has padecido ya.

—¿Y sus nietos, le preguntamos?

—Dos se murieron, y los otros dos son albañiles; los pobrecillos ya querian que estuviera con ellos, pero tan enferma como yo estoy, no quise estorbarles, conseguí entrar aquí, y aquí acabaré mis dias, y crea V. que es muy triste la vida de los viejos pobres.

—Ya lo creo que será.....

—Es necesario pasarlo para comprenderlo; mientras se puede trabajar, todo va bien; porque por un lado ó por otro nunca falta donde ganarse el pan; pero cuando no se tiene salud, y va uno conociendo que va estorbando en todas partes: ¡Oh! lo que se padece es imposible esplicarlo.

Las palabras de aquella pobre mujer se quedaron grabadas en nuestra memoria con caracteres indelebles y siempre que vemos á un anciano que cruza solo el árido camino de la vida, siempre decimos: —¡Infeliz! ¿qué hiciste ayer que tan poca felicidad guardaste para hoy? La ancianidad que necesita de tantos cuidados, de tantos desvelos, de tanto cariño..... ¡deben ser tan tristes los últimos dias de la vida!..... Nosotros que aun no hemos llegado á ellos, que estamos en ese período de la edad mediana cuando recordamos, más de veinte años de amargura; (por que si bien nunca hemos sido dichosos) en los primeros años de la vida, el alma sonrie á intervalos: cuando nuestro pensamiento se abisma en sus recuerdos, cuando medimos el fondo del abismo en el cual hemos estado sumidos, nos aterramos; sentimos el desvanecimiento del vértigo, y nos parece como imposible que se pueda sufrir tanto. Y si esto no sucede en veinte años de lucha, los que cuentan cincuenta y sesenta años, ¿qué les acontecerá? sin duda deben vivir muriendo.

Cuando se recuerda una época angustiosa y otros dias más dolorosos aun, y otros más terribles todavía, se experimenta un desconsuelo tan profundo, se siente un decaimiento, un frio en el alma, se mira uno á sí mismo con tanta compasion, que involuntariamente le dice uno á su espíritu lo que decia Camprodon:

«Y hasta que la sepultura  
Apague esta horrible guerra  
Sigue pisando esa tierra  
Empapada de amargura.»

Aun dicen los detractores del espiritismo que de nada nos sirve vivir si no re-

cordamos nuestras existencias anteriores; imbéciles! sería imposible la vida si el espíritu recordara sugeto á la materia las contrariedades de una encarnacion penosa; para uno que se alentara con sus recuerdos habria millones de espíritus que quedarian sumidos en la más profunda atonía. El recuerdo de la desgracia tiñe nuestra frente con el rubor de la vergüenza, por que ya se sabe perfectamente que Dios dá á cada uno segun sus obras; y si nos consideramos culpables por una corta série de sufrimientos, ¿qué sería si viéramos nuestro pasado? no podríamos vivir. El olvido de nosotros mismos es el primer componente de nuestra vida; así como cuando nos olvidan creemos morir, cuando nosotros nos olvidamos de nuestro pasado, renacemos.

Por esto nos inspiran tan profunda compasion los ancianos pobres; por esto cuando entramos en algun asilo de beneficencia experimentamos una angústia inesplicable por que consideramos y decimos:

¡Cuántos delincuentes de ayer! ¡Cuántos mendigos de los siglos! ¡Pobres espíritus! nada se han podido crear..... tienen que morir solos..... tienen antes que caer más de tres veces en la calle de la amargura. ¡Desventurados! para vosotros no habrá lágrimas ni plegarias en este mundo! se abrirá vuestra fosa sin que una mano amiga arroje en ella un puñado de tierra; ¡qué triste será morir así! Siempre, siempre que vemos á un anciano que camina penosamente apoyado en un nudoso palo, sin saber por que, nuestro corazon apresura sus latidos y en nuestra mente se agitan encontradas ideas ¿Es que recordamos ó que presentimos?

¿Hémos dejado muchas veces las tierra agoviados por la miseria, por los años y la soledad?

¿Tenémos aun que terminar algunas encarnaciones mendigando el sustento del cuerpo, y el alimento del alma? ¡Quién sabe! De lo que no tenemos duda es que nos impresiona tristemente los ancianos pobres. Mucha lástima nos inspiran los niños expósitos, pero al mirarlos apesar de verlos tan desvalidos, alimentamos una esperanza, que en su vida puedan tener un cambio favorable; pero en los ancianos solo vemos la marga realidad de los hechos. El niño es un libro en blanco, el anciano es una historia escrita con lágrimas, y el último capítulo es una lamentacion.

¡Oh! sí, sí; los ancianos pobres es el cuadro más triste de la vida: se parecen al *Judio Errante*, caminan á la ventura, la voz de su expiacion les dice: ¡anda! ¡anda!... y los infelices tienen que seguir su penosa peregrinacion por el árido desierto de este mundo.

Nunca olvidaremos á una pobre anciana que hemos visto algunas veces detenerse al pié de nuestro balcon: va muy mal vestida, apoyada en un palo, se conoce que no vé y su cuerpo está tan encorvado que su cabeza parece que busca el suelo, y continuamente pide á los transeuntes que le digan donde se halla. No habla mal, su voz revela profunda amargura, y la otra mañana decia: Señor apiádate de mí, mira que ya no puedo más, mira que no sé como resisto noventa años de penas.

En esto un niño que sin duda la conoce, la cogió del brazo y la condujo hasta dejarla en la acera, y ella le dijo:—Dios te lo pague hijo mio, en premio de tu buena accion le pediré á Dios que no vivas tanto como yo.

—Por qué abuela? preguntó el niño sonriéndose.

—¡Porqué tú no sabes lo que se sufre siendo viejo y pobre; mírame á mí, por no tener ni sueño, desde las tres de la madrugada que no duermo, y desde las cuatro que voy rodando por las calles y llegará la noche y tal vez no habrá entrado en mi cuerpo la gracia de Dios.

El niño llevaba en la mano un pedazo de pan muy grande, y al oír las palabras de la anciana, le dijo:—Tome abuela, y le dió todo el pan.

—Gracias, hijo mio, permita Dios que nunca sufras lo que sufro yó.

Indudablemente entre los muchos dolores que nos aquejan en este mundo, uno de los más horribles deberá ser cuando el hombre llega á la ancianidad y se encuentre solo y pobre. ¡Quiera Dios que dejemos la tierra, antes que la nieve de los años deje sus blancos copos sobre nuestra frente. Lo confesamos ingénuamente, nos causa miedo la ancianidad; si á ella se une la soledad, la impotencia física y la pobreza. ¡Ay de los ancianos pobres!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

---

## LA NOCHE

Vosotros no sabéis lo que es la noche.

Vosotros los que vivís en ella, los que durante sus horas poneis en movimiento las moléculas de vuestros sentidos, no conocéis la noche.

El gas ó la electricidad, brillan, fulguran, arrancan chispas diáfanas al oro y á la pedrería... Empieza vuestra vida; la mesa del banquete os espera; el blanco lino en arabescos lustrosos como el raso, cae pesadamente ocultando el mosaico de la tallada mesa; el matiz verde ó pardo del cristal de Venecia llena de opacos tonos los vinos del Rhin y la Sicilia; el manto de filigrana del faisán dorado se riza en caperuza delicada sobre el esmaltado azafate de Sevres: salta la espuma del Champagne sobre la copa de oro; los aromas del nardo y del bellotrope llenan la estancia de perfumes; los acordes de retirada música mandan la onda sonora de la armonía, y al túbio calor de encendidos pebeteros brota en vuestras mejillas el fuego de todas las impurezas.... ¡creéis vivir; se agitan vuestros lábios con las palabras del amor impregnado de los deseos de la carne; brillan vuestros ojos buscando impacientes nuevas formas que adorar en los altares de la pasión, y al eco de vuestras frases aceradas, satíricas, oportunas para zaherir ó desgarrar, responden las arterias de vuestras sienas que con violento latir arrancan de vuestro organismo los átomos de todo vigor, de toda fortaleza.. Aun no se terminó vuestra noche; aun teneis que recorrer las últimas etapas de la degradación humana buscando en las emociones de la riqueza del azar nuevos elementos para animar vuestra vida; aun habeis de sumir el pensamiento en el imbécil sopor del amor comprado sobre el fango de una oscura calleja, que en los contrastes de vuestras noches báquicas forjais vosotros, los derrochadores de los bienes del alma, la única felicidad posible. ¡Y hablais de la noche como de vuestro día! ¡Hablais y vivís en ella y por ella...!

La noche es algo más que vuestras horas de error y de torpezas; la noche es algo más que ese espasmo calenturiento que os anima, y que, como toda fiebre, vive á fuerza de matar; la noche es mucho más que ese ideal de pasiones sensuales que perturba vuestra imaginación con la pintura de monstruosas quimeras, puesto que os ofrece el placer en la orgía, en el lúbrico amor, en las emociones prostituidas...

La noche cae, cae como un capuz de azules crespones sobre la radiante atmósfera, encendida por los rayos del sol, y, lentamente, llena de majestad y de dulzura, va sumiendo en el silencio nuestro mundo, ávido de buscar en ella el olvido, el descanso y la paz.

La noche baja sobre nuestra frente para que suba al cielo nuestro pensamiento; oscurece lo mortal é ilumina lo eterno; dá el reposo á la vida y ofrece el movimiento al alma. La noche es antro de tinieblas sombrías para nuestra carne, y camino fulgurante de luces para nuestro espíritu; la noche arranca de nuestro corazón toda la

vehemencia impetuosa de las pasiones humanas, y enciende en nuestro cerebro la serena y amorosa contemplación de todas las grandezas divinas. Nada se opone, durante la noche, al paso libre del pensamiento á través de la eternidad. El rumor de la hoja que se desprende del árbol y con áspero crujido rueda entre el polvo; el suave pío del ave que sueña con los gorjeos del nuevo día; el roce del gusano que se arrastra para buscar el rincón que ha de servirle para su cuna de mariposa; la gota de agua que no pudo secar el fuego del sol y se desmenuza al resbalar sobre la roca; el negruzco contorno del horizonte que, bien sea llano ó montuoso, poblado ó yermo, no aparece sino como indeterminado paisaje: todos los rumores, todos los matices de la noche sirven para hacer más profundo el silencio, más tranquila la soledad, más opaca la sombra, más sutil el pensamiento, más puro el amor, más severa la conciencia.

En la noche, los sentidos atraen hácia el alma la adoración de la belleza; los ojos miran para que el pensamiento reflexione; los oídos oyen para que la inteligencia ratiocine: el cuerpo reposa para que la idea marche. El silencio, la calma, el sueño de la materia, le dá al espíritu el movimiento, la actividad, la revelación...

Allá arriba el espacio, eterno, infinito, profundo y misterioso, como la concepción del pensamiento en los senos cerebrales; allá arriba, suspendidos por leyes que dimanen de una causa incomprensible, mundos y mundos, tan múltiples como infinito es el espacio donde se agitan; allá arriba, el panorama sin fin de la inmensidad henchida por las magestuosas oleadas de la vida, latiendo al unísono que en nuestro corazón, en los soles, en los planetas, en las nebulosas; allá arriba, la esfinge muda y parada del tiempo, sin marcar horas, ni días, ni años, y llevando á través de universos inexplorados el mismo oráculo indescifrable que aquí nos presenta sobre la esencia de Dios, el origen de la verdad, la causa del ser; allá arriba las promesas, las esperanzas, los misterios, lo ignorado, lo inmortal, lo incomprensible. Aquí abajo el átomo, obediente á leyes inmutables, girando en un círculo de eterno movimiento, órbita infinita por su continuidad; aquí abajo, la espiral gigantesca de la vida rodeando, sin pararse ni un punto, la personalidad impalpable del alma, y subiendo, subiendo sin cesar y sin cansancio, á través de las horas, de los días, de los años, hácia unas alturas cada vez más lejanas, y dejando en pos de sí, cada vez más desconocido, su punto de partida; aquí abajo, la hoja seca arrugada y descolorida, volviéndose polvo, y dejando en su lugar á otra hoja fresca y brillante, que será válvula de la vida del árbol, pomposo adorno de sus ramas, presente inestimable de la primavera; aquí abajo, el suspiro del ave dormida que sueña con el amor y la libertad, y tiene por único lecho una rama que la más tenue brisa puede tronchar, y á cuyo lado acecha el dolor y la muerte brillando en los hambrientos ojos del taimado buho; aquí abajo, el gusano buscando el sitio para su letargo, durante el cual ha de ceñirse la mortaja que más tarde será el nido donde enteabra sus fúlgidas alas; aquí abajo, la diáfana molécula que el rocío vertió sobre la abrupta peña, perdiéndose al ser desparramada entre el fango ó el polvo; aquí abajo, el horizonte indeciso, turbio, visto como á través de ahumado cristal, y confundiendo en la oscuridad de sus límites, los montes y los llanos, el bosque y el desierto, la ciudad y la campiña...

Entre los abismos del cielo y los abismos terrenales, el pensamiento, vagando como luz de abrasadora tea que fuese agitada por mano invisible; entre aquellas eternidades de las alturas, á las cuales puede arribar con esfuerzos poderoso de la idea que surge de la inteligencia; entre aquellos horizontes sin límites que en un *más allá* indefinido se aparecen siempre ante la investigación que acosa al alma como sed de abrasadora fiebre; entre esa negra, y, sin embargo, fulgente bóveda celeste, que se descubre cuando la noche borra las huellas de la luz, y estos valles terrenales llenos de sombra y de silencio, donde la naturaleza duerme, sin dejar por eso de vivir, como si fuera el cuer-

po colosal de un alma inmensa; entre el Todo ignorado y la parte analizada, flamea con rastro desigual pero ardiente, poderoso, inextinguible, el deseo del alma pensadora, la aspiración del espíritu indagador, que nuevo Colón del pensamiento humano se pregunta delante de las playas de lo eterno, si habrá en las inmensidades de los mares celestes otros continentes de más belleza y esplendor que los conocidos...

. . . Hé aquí la noche, el cuerpo ya no existe sino parcialmente; la inmovilidad es su reposo; los ojos no vagan ni giran, están fijos, su nervio dejó de transmitir imágenes y solo obra como hilo conductor desde la eternidad hasta el cerebro; se pudiera decir que el cerebro vé sin necesidad de los ojos; por ellos, que están muy abiertos, se asoma el pensamiento y parece como que los desprecia por finitos é insuficientes; el cuerpo no alienta, el aire perfumado de los campos, penetra en el organismo sin moverlo más que con un leve movimiento ondulatorio; el ritmo del corazón es el único ruido que perturba el silencio; se diría que así como al exterior se lanzó el alma á buscar lo infinito sin mas poder que el de su deseo, en la profundidad de lo interno ha penetrado, sin agentes intermediarios, hasta la última cédula de los músculos; el sonido de oleada pastosa con que la sangre circula, marca con incansable tenacidad la huida de la existencia mortal á través de los tegidos. Nada demuestra el vivir, y, sin embargo, es cuanto más vigoroso palpita el espíritu de la vida. Hé aquí el éxtasis de la noche; supremo tránsito hácia todas las bellezas que pueden recrear el alma; tránsito cuyo centro luminoso es la intuición de Dios y cuyo beneficio para el ser pensante es el olvido de todo el dolor, de toda fealdad; éxtasis que une la vida en la comunión de todos los amores inmortales, puesto que apartando del espíritu el deseo de lo vanal y terreno lo lleva, con la vehemencia de la pura adoración, hasta el trono del Sér Supremo.

¡La noche! La desposada del pensamiento, que te trae el inmarcesible azahar del amor eterno...! No, no es la noche ficticia inventada por la flaquezas humanas la verdadera noche de la naturaleza y del mundo; vuestra noche abrasa las entrañas como lava ardiente, llena de frío petrificador el corazón, y de funestas sombras el cerebro; la noche del Universo engrandece la vida, temple la pasión, ilumina el entendimiento, orea, como las brisas de los mares, esas nieblas que turban la serenidad de la conciencia...!

¡Si fuese la muerte lo que es la noche!

ROSARIO DE ACUÑA.

---

## LA MISION DE LA MUJER.

---

¡Qué hermosa misión tiene que cumplir la mujer sobre la tierra! La sociedad ahora y siempre debe proteger y realzar á la mujer, que Dios, si ha creado á la mujer débil, no lo ha hecho por hacerla inferior al hombre, sino para que obedezca á la sabia autoridad de su esposo. Dios al dar al hombre una compañera en la tierra, no lo hizo para ofrecerle un juguete, sino una amiga, para que le guiase hácia su perfección. Ahora bien en apoyo de lo que llevo dicho que tiene relación con la mujer, creo oportuno dar á conocer á mis queridos lectores las brillantes reflexiones de un filósofo y eminente escritor que al ocuparse de la mujer dice así.

—La Providencia, queriendo multiplicar la especie humana, dió á el hombre una mujer para compañera, dotada ésta de una sensibilidad admirable, de un alma pura y leal, de un corazón formado para escitar y sentir las dulces emociones del amor. Destinó el Altísimo este sér privilegiado á compartir con el hombre las felicidades y las

desgracias de la vida; á aumentar con sus encantos los instantes de dicha; á disminuir con sus consuelos los períodos de infortunio. El hombre marcha por la senda que le ha trazado el Sér Supremo y cumple su mision sobre la tierra fortalecido por la dulce compañía de su consorte. Sin ella se detendría en la mitad del camino y dejaría de ser la criatura de Dios.

—Y en verdad que la mujer este ángel enviado al hombre por la Providencia, está destinado á asegurar la libertad del matrimonio, si sabe cumplir dignamente con sus altos deberes. Miradla en los albores de su juventud crecer modesta como tímida violeta entre la maleza, despidiendo una fragancia que arroba el corazon del hombre, lo predispone á sentir las primeras sensaciones del amor más puro, y lo adormece en los deliciosos ensueños de la esperanza, anhelando el momento de gozar largos dias de completa dicha. Desde los primeros años de su existencia é inspirada por las sencillas tradiciones de la familia, ella educa su corazon para cumplir más tarde las obligaciones que ha de imponerle su union al hombre. Su pensamiento adelantándose al desarrollo de su naturaleza presiente la idea de ser madre, nombre venerado que hace latir dulcemente su corazon; el lábio de la modesta jóven repite en silencio las plegarias del justo y al arrojarse en los brazos del objeto predilecto de su cariño, cumple los designos de Dios al crear la especie humana.

—¿La quereis madre? Es el símbolo de la Providencia, presenta el pecho á su hijo y le contempla con la mirada del sagrado afecto, en tanto que goza de la comun existencia y deja que el fruto de su amor alimentándose, haga enflaquecer y debilitar á la que le ha engendrado; le besa con trasporte, le abraza con delirio, le parece verle ya adulto y en medio de la sociedad en donde se le figura que todos le admiran y le respetan: sonrie de júbilo al ver abierta, á su criatura, una vida de flores; y se propone en el fondo de su corazon, inmolarsé por verle dichoso; su sueño dorado, es la felicidad de su hijo. ¡Ah! quién pudiera leer en el corazon de una madre, ¡cómo quedaría absorto! ¡Qué buenas y sábias máximas, que prudentes pensamientos encontraría en aquel templo de amor sin fin, y de caridad. La mujer vive para el hijo, y en tanto que besa con el ósculo más casto al marido en el tálamo nupcial, inculca en el ánimo de su compañero el sagrado deber del ciudadano del cristiano, y así al hijo como á el padre los enseña á ser obedientes y á someterse á la voluntad del Sér Supremo, á respetar las leyes, á amarse mutuamente y á socorrerse en este valle dolorosísimo de destierro y llanto. El marido cede alucinado y convencido á las palabras de su compañera y el hijo crece entre los placeres de una vida tranquila y pura. ¡Esta es la vida feliz!

Por esto es preciso amables lectoras que todas nos unamos con fuertes vínculos de fraternidad, para que de nosotras salga siempre la iniciativa de la caridad y un eco de consuelo para el desgraciado.

CÁRMEN BURGOS.

Andujar 1.º de Noviembre de 1886.

## PENSAMIENTOS

Formad una familia con una mujer ignorante, y tendreis una familia de irracionales.

No desciende el hombre elevando hasta él á su compañera, puesto que se eleva á sí mismo.

---

GRACIA.—Imprenta de Cayetano Campins, Sta. Madrona, 10.